



MERCADO DE ABASTOS DE ARANJUEZ (MADRID)

Robo en Aranjuez

ANTONIO JIMENEZ BARCA

Sonó el teléfono a las 12. Salté de la cama. Me golpeé con el elefante de piedra en la rodilla, recorrí a la pata coja el apartamento, aparté del aparato las ofertas de trabajo que lo tapaban. Apliqué la oreja al quinto timbrado. Pero no era Julia.

-Me llamo Eladio Campos. Es por el anuncio. ¿Es verdad que cobran 10.000 al día?

-Si.

-Bien. ¿Y tiene ahora tiempo?

-Un momento- dije. Revolví y arrugué las hojas de los anuncios de trabajo del periódico durante medio minuto frente al auricular con la intención de que el otro creyera que repasaba una agenda.

-Si -concluí-, puedo acudir donde me diga y a la hora a la que diga.

-Le espero a la puerta del Mercado de Aranjuez. En una hora. Seremos tres. Nos reconocerá por los mandiles blancos y la cara de mala leche.

-¿Podría adelantarme en qué consiste el asunto?

-Mejor aquí. Le estoy hablando desde una cabina y no me quedan más mone....- y un pitido sustituyó al hombre, al que imaginé gordo por el timbre de su voz.

Eché un vistazo al armario de la ropa. En lo más profundo colgaba una camisa de verano verde menta limpia y sin planchar.



En la Gran Vía, a pesar del frío de diciembre, ya se encontraba el turno de mañana al completo. La de la revista de inmigrantes no me reconoció y trató de venderme el último número en el semáforo del paso de cebra. Al lado, reclamaban firmas contra el sida unos tipos de acento italiano. La niña de los folletos de informática me tendió el de “entra en el futuro”. Lo guardé en el bolsillo del abrigo mientras bajaba

al metro. Llegué casi con 15 minutos de retraso. En la puerta del mercado, que daba a la plaza del Ayuntamiento, al pie de una estatua achaparrada de Alfonso XII, me esperaban dos pescaderos de más de 50 años y un tercero más joven, casi de mi edad. Les estreché la mano:

–Pablo Pinto, investigador privado. Perdonen, pero el tren de cercanías se detuvo en Vallecas por la huelga–. Mentí.

–¿Qué huelga?– preguntó el más joven.

–La de los conductores de UGT. Son pocos, pero situados en lugares claves.

–Pues la radio no ha dicho nada de huelga– replicó el más joven.

–Por lo que oía a un viajero que parecía informado ésa es la táctica: paros intermitentes y sin convocatoria previa.

–Pues ya me extraña a mí que de una huelga no digan nada en la radio...– insistió.

–Saben que si dan mucha publicidad, la gente saca el coche y los paros quedan sin efecto– argumenté un poco a la ligera. Y decidí cambiar de conversación. Me dirigí a uno de los mayores, que efectivamente, era gordo:

–Cuénteme, señor Campos.

–No; yo soy Carlos Duque. Campos es éste. Y señaló al tercero, un individuo escuchimizado y de pelo abundante y desordenado.

Campos indicó con el dedo que le siguiéramos. Recorrimos a buen paso un hermoso mercado de traza antigua, restaurado, con los puestos enmarcados en molduras antiguas de acero; las hileras cubiertas de puestos rodeaban una plaza interior al aire libre. Eladio nos condujo a su pescadería, que se llamaba Pescadería Eladio y Maribel. Sacó del bolsillo tabaco. Ofreció a todos, pero sólo yo acepté. Tras encender los cigarrillos, comenzó a hablar:

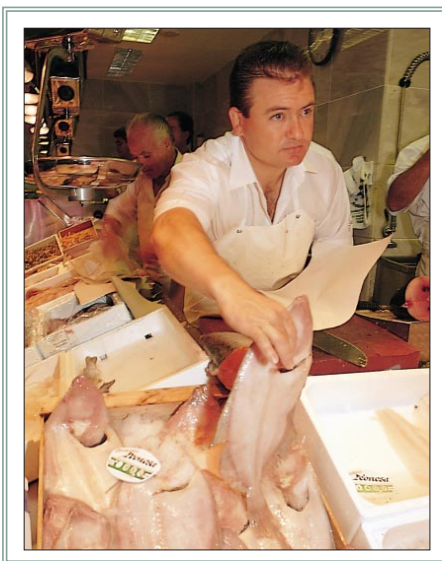
–Nos han robado esta noche, Pinto. A los tres. Cuando hemos venido a abrir, nos hemos dado cuenta de que alguien se había llevado todas las pescadillas.

“Así que el misterio de la pescadilla”, me dije. Y al oírme pensé en Julia; pensé exactamente en que Julia acertaba, y que lo de trabajar de detective privado no me iba a llevar a ningún sitio. Los anuncios de trabajo que se amontonaban encima del teléfono tenían razón. De golpe, rodeado de comerciantes asaltados que me contaban algo de cerraduras forzadas y 60 kilogramos menos, me dio por darme cuenta de que a mis 30 años el futuro se me echaba encima y que no poseía otra maldita cosa para hacerle frente que los tres años de policía local aburrido y mi licencia de investigador, aún sin estrenar. Contuve las ganas de irme y me oí decir:

–¿Solo las pescadillas?

Eladio respondió contundentemente:

–Sólo. Ni los boquerones, ni el pulpo, ni el salmón, ni las gambas, ni nada. Ni nada más caro ni nada más barato. Unos 20 kilos de pescadillas a cada uno. Todo lo que había. Unas 60.000 pesetas en total.



Campos añadió que en ningún otro puesto faltaba nada. Ya habían dejado el caso en manos de la Policía Local. Un agente corpulento y amable se había presentado esa misma mañana, había echado un vistazo y había concluido, rápidamente, que aquello era un robo.

Pero una hora más tarde, cuando los tres pescaderos acudieron a la comisaría a poner la denuncia para poder cobrar el seguro, el mismo policía les indicó que la cosa no estaba tan clara y que había que esperar algunos días más mientras recogían más pruebas. Yo no sabía aún que pintaba en el conflicto. Pero Campos se encargó de explicarlo a gran velocidad:

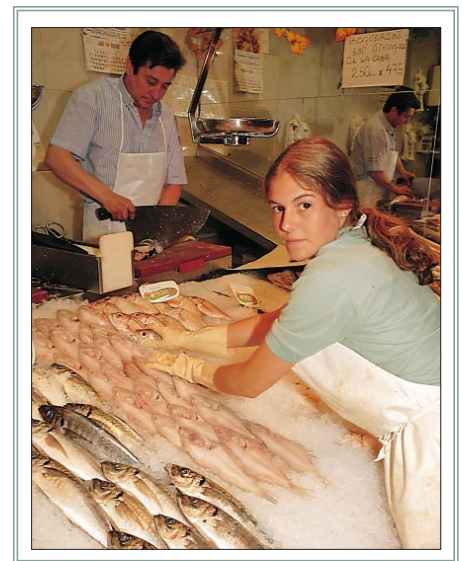
–Si queremos cobrar este mes tenemos que presentar los papeles todo lo más pasado mañana. Por eso le hemos llamado. No queremos que descubra al ladrón. Usted cotillee por ahí, pregunte al que le dé la gana, pero mañana nos trae un informe poniendo bien clarito que nos han atracado. Con eso vamos mañana a la comisaría otra vez y a ver qué nos dice. Usted se embolsa 10.000 y nosotros cobramos 20.000 cada uno. ¿Estamos de acuerdo?

Asentí más con el cigarro que con la cabeza. Y les pedí que me dejaran examinar la cámara donde, por la noche, guardaban conjuntamente el pescado. Alguien había forzado los candados con maestría, o con mucho tiempo. Pocas raspaduras. Parecían incluso colocadas a propósito. La entrada principal, también forzada, ni siquiera presentaba marcas.

Brujuleé durante 15 minutos. Al final me decidí por un kilo de fresas enormes, de color bermellón, que la dependienta envolvió en un cucurucho de papel de estraza, como los que se utilizan en las películas de posguerra para envolver los churros de las ferias. Con las fresas en la mano me presenté en el puesto de Eladio. Este atendía a un hombre embutido en un impermeable verde. Alcé la tabla que daba acceso al interior. Subí un escalón húmedo y manchado y desde la esquina le grité que mañana volvería con los tres informes. El pescadero juntó la punta del índice con la del pulgar, dejando los otros tres dedos extendidos: OK. Me encaminé a la estación de tren.

II

Sin mensajes en el contestador (sin mensaje de Julia en el contestador). Empecé a redactar los informes. Antes de firmarlos, bajé al mercado de mi barrio, a la espalda de la Gran Vía. Necesitaba las 10.000, mi novia (mi ex-novia, la única novia que había tenido en mi vida) me había echado de casa hacía una semana después de llorar delante de mí durante una tarde entera; mi coche, que había vendido un día después de acabar con Julia por 50.000 pesetas a un concesionario de segunda mano, aguardaba en la perrera a que alguien le salvara del desguace: mi nuevo apartamento consistía en 50 m² encaramados en el quinto piso de una calle oscura, maloliente y peligrosa. Ni en un año de vivir ahí conseguiría arrancarle a la casa ese aire a provisionalidad que envolvía todo, desde el mueble del pasillo hasta el espejo del baño. Necesitaba cerrar este primer caso cuanto antes para seguir o para olvidarme pero no iba a dejar que los primeros clientes de mi carrera me engañaran.



El pescadero del mercado de mi barrio, de unos 40 años, delgado, manipulaba la verja del cierre. La pregunta a sopetón le asustó:

-Perdone, jefe; ¿Si a usted le roban, cuánto cobra por el seguro?

-¡Y a usted que el importa!- exclamó casi sin mirarme.

-Vengo de la Comunidad de Madrid, del departamento de Comercio.

La Unión Europea nos subvenciona un estudio sobre la inseguridad de los pequeños comerciantes y sus recursos.

-Me da igual. Como si viene de parte de Jesucristo. Aparte, no le vaya a pillar un pie con la verja.

-Debe colaborar. Sólo quiero saber cuánto cobra por el seguro.

-Es usted algo pelma. ¿Sabe? Y ya me estoy hartando. Arree que es tarde.

Miré alrededor y no vi otra pescadería cerca. No me quedaba más remedio que atornillar a éste. Decididamente, el gremio empezaba a caerme antipático.

-A mi me es igual, compañero. Pero no tengo más remedio que poner en el informe que la pescadería Luis y Carmela, la suya, no ha colaborado con la Unión Europea.

-Que le den por culo a la Unión Europea.

Cambié de estrategia:

-Mire, voy a serle sincero: si no llevo la respuesta hoy, me echan. Me han contratado por un día y mi sueldo depende de las respuestas que consiga.

Esto hizo mella en el hombre:

-Como mi hijo: una carrera de empresariales y ahí le tienes, pegándose unos madrugones que le van a dejar idiota para ir a Mercamadrid a cargar cajones de fruta, y porque le ha enchufado un amigo mío.

-Ya.

-Mira chico, por lo general, aquí esto funciona como el seguro a todo riesgo de los coches. Te devuelven dinero hasta cubrir el importe de lo que te han robado.

-¿Y 60.000 pesetas para tres pescaderos es mucho?

-Lo normal. Si te inventas algo así, lo mejor es no exagerar.

-Gracias. La Unión Europea se lo agradecerá.

Oscurecía cuando volví a mi calle, el callejón agazapado detrás de la Gran Vía, con un Pizza Hut siempre vacío con motos aparcadas a la entrada, un bar estrecho y amarillo atendido por camareros gritones, una sauna-prostíbulo de nombre Sinaí y putas aburridas en la puerta, y por último, una tienducha regentada por un oriental cabezón que no cerraba jamás, que parecía no dormir jamás y que surtía a la variada población nocturna de aquella zona de toda clase de comestibles.

De nuevo en el apartamento, descolgué el teléfono y marqué cruzando los dedos.

-Comisaría de Tetuán, dígame.

-¿Está Pedregosa?

-¿De parte?

-De Pinto. Un amigo.



Pedregosa se alegró de hablar conmigo. Había caminado junto a mí por todo Tetuán cuando él y yo nos pasábamos de policías de barrio recién salidos de la oposición. Cuatro palabras bastaron para contar que se había casado con Esther y que yo intentaba ganarme la vida como detective.

–Te voy a pedir un favor, Julián. Creo que unos clientes me están tomando el pelo.

Aguardé la contrallamada de Pedregosa repasando los anuncios de trabajo.

–Aquí Pedre. Algo pasa ahí. Primero, tus clientes no te engañan. Deben ser buena gente y dicen la verdad: les han robado. Un colega de Aranjuez, Nico, me dice que les han apartado del caso los de la Brigada Especial de Jefatura. Hilo directo con el Delegado del Gobierno, amigo. Y que les han prohibido hablar del tema, incluso a los cuatro pescaderos afectados.

–¿Cuatro? Yo sólo hablé con tres.

–Pues el cuarto se llama Jesús Quintana y tiene una tienda a la entrada de la ciudad.

–¿También le han robado las pescadillas?

–También. Y no sólo ahí. Han limpiado las pescadillas del mercado de Valdemoro y de Pinto. En Valdemoro cuatro pescaderías desvalijadas y en Pinto dos. Dejaron otra tercera sin tocar. En total, la misma noche, desplumaron cerca de 300 kilogramos de pescadilla de la zona. Una furgoneta entera, vamos.

–¿Para qué puede necesitar alguien 300 kilogramos de pescadillas? Esto es absurdo, Pedre.

–No sé. Una factoría de precocinados. Alguien que tiene un banquete. Un supermercado que se ha quedado sin género. No tengo ni idea.

–¿Fueron los mismos?

–Eso no lo saben éstos. Pero si coges un mapa ves que los robos se producen en poblaciones por las que pasa la carretera de Andalucía. El mismo día, el domingo, y en la misma carretera: todo apunta a que son los mismos.

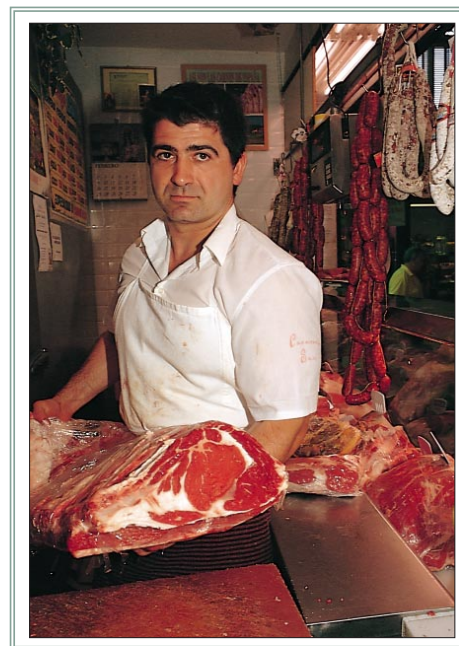
–¿Pinto está más cerca de Madrid que Valdemoro ¿No? ¿Pedre?

–Sí.

–Eso indica el sentido de la marcha de la banda. Empiezan en Aranjuez, lo dejan sin pescadillas; siguen en Valdemoro, donde hacen lo mismo, y acaban en Pinto, en el que dejan una pescadería sin forzar. Sólo necesitan cierta cantidad o sólo podían cargar cierta cantidad: lo que has dicho tú: llenan la furgoneta y a Madrid.

–Encaja.

–Pero aún existe un problema: ¿Por qué tanta urgencia? ¿Por qué no se llevaron el resto del pescado, o por lo menos el que es más caro que las pescadillas? Alguien necesitó el domingo 300 kilogramos de pescadillas. Para congelarlas, para mandarlas a tu banquete o para ponerlas a la mañana siguiente en los estantes de un gran almacén con fama pero sin género ese día. Necesitaban las pescadillas, y las robaron. Pero no son ladrones de pescado, porque se



habrían llevado las nécoras que pesan menos, y valen más. A lo mejor hasta intentaron comprarlas y no pudieron.

-¿Dónde?

-En el único sitio en el que te venden 300 kilos de pescado de golpe. En Mercamadrid. Voy para allá. Seguro que alguien buscó el domingo 200 kilos de pescadillas por ahí.

-¿Y para qué vas a ir? Tú les das los informes y a correr. A mí me han garantizado que es un robo.

Al diablo los informes. Al diablo los clientes, Pedregrosa, y al diablo Julia. Resolver aquello constituía ya una parte de mí mismo. Y habría que acostumbrarse a ello. De eso se trataba si jugaba a ser detective privado.

-Voy a ir, Pedre. Es una bobada de caso, pero créeme cuando te digo que es lo único que tengo.

Desde la Gran Vía llamé a un taxi. Por el camino no dejé de preguntarme lo mismo: "¿Qué pinta en todo esto el Delegado del Gobierno?"

Mercamadrid, a las siete de la tarde, era una inmensa factoría dormida, una sucesión de naves industriales que aguardaban el desembarco nocturno y de madrugada de grandes camiones llegados de toda España y de pequeñas camionetas procedentes de todos los rincones de la ciudad. Me dirigí a las oficinas.

Un tipo joven de cara triangular, con la cabeza debajo del flexo, dibujaba estrellas diminutas en el calendario de mesa. Me miró por encima del cristal de sus gafas. Pensé que era mejor, por esta vez, no mentir:

-Soy detective privado. Me llamo Pablo Pinto. Investigo un robo de pescado. 300 kilos de pescadillas, para ser exactos.

Hay gente que no se extraña de nada. Y aquel sujeto pertenecía a ese grupo.

-Pues ya me dirá, porque yo soy aquí uno de los contables y estaba a punto de irme a casa- dijo mientras depositaba el bolígrafo de las estrellitas en la mesa.

-Me ayudaría mucho saber si ayer vino alguien por aquí para comprar 300 kilogramos de pescadillas.

-Ayer, imposible, porque los domingos esto no abre.

Miré al empleado como si en vez de responderme me hubiera insultado. En el fondo me estaba insultando a mí mismo por torpe. Hubiera bastado una llamada de teléfono. El contable notó mi desconcierto, porque siguió hablando:

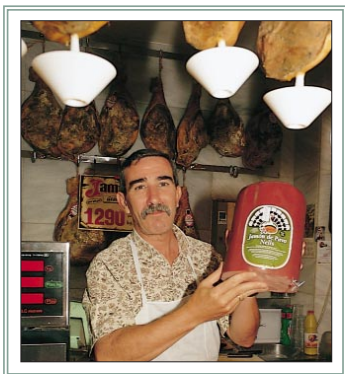
-Además, tampoco se compran 300 kilogramos de pescadillas así como así. Aquí se apalabran antes los pedidos.

Le pedí que recordara si el sábado alguno de esos proveedores apalabrados, especialmente en la zona de Aranjuez, había fallado.

-Lo preguntaré.

El contable persiguió telefónicamente por varios despachos al encargado de consignar las entregas a los pueblos del sur. Lo encontró. Después colgó y me miró un tanto afligido.

-Lo siento, señor. Pero el sábado todo el mundo llegó y llegó a su hora.



Me encogí de hombros y di media vuelta. Me encaminé a la parada del taxi atravesando una de las naves. Los operarios abrillantaban entre gritos el suelo con mangueras de agua presión. Un frío metálico y artificial se pegaba a las manos y a la boca. Estaba a punto de salir al aire cuando oí mi apellido. El empleado de la oficina se acercaba corriendo y meneando los brazos como si hiciera señales a un barco o como si se hubiera vuelto loco de repente.

–Señor –dijo, cuando me alcanzó–. Me he acordado de algo que a lo mejor le interesa: esta mañana, uno de los proveedores se ha encontrado con que su cliente, de Aranjuez, con el que tenía apalabrada la venta, no ha venido. Ha tenido que colocar el género por ahí, a la desesperada.

–Y a que sé en qué consistía ese género.

El contable empujó sus gafas con la nariz, y me miró fijamente a los ojos, sonriendo:

–300 kilogramos de pescadillas frescas. El camionero se enfadó. Y aunque el cliente no es nuevo, nos ha pasado su nombre, para que lo incluyamos en la lista negra. Si quiere le doy la dirección.

Una hora después buscaba la manera de entrar en un almacén solitario, cerrado y vacío a las afueras de Aranjuez, pegado a la carretera. Ahí me había llevado la dirección del contable. Al día siguiente preguntaría a los dueños por qué solicitaron 300 kilos de pescadilla que luego no recogieron. Si les hizo falta el domingo y no el lunes. Pero decidí antes enterarme de lo que guardaba el almacén. Tras varias vueltas al edificio concluí que no quedaba más remedio que trepar al primer piso por un canalón medio consistente y alcanzar una ventana abierta. Dejé el abrigo en una esquina de la puerta para poder escalar mejor, y una temblera me sacudió por dentro el esqueleto y los pulmones. Me abroché el cuello de la camisa verde menta de verano, y coloqué el pie en la primera juntura.

Dentro, la luz enferma que ganaba el interior procedente de las farolas amarillentas de la carretera moldeaba unos perfiles agigantados que tardé en identificar. Me encontraba rodeado de máquinas de tres metros de alto con aspecto de dinosaurios inmóviles de museo. Busqué el interruptor de la luz y me golpeé en la rodilla, en la misma en la que por la mañana, hacía un año entero, había embestido el elefante de piedra que Julia me regaló en un cumpleaños remoto.

Buscaba el interruptor, pero alguien lo encontró y lo pulsó antes que yo. Entonces me dí cuenta de que efectivamente, aquello no era un supermercado, ni una pescadería, ni siquiera un almacén de pescado, sino una fábrica de muebles de oficina medio abandonada con virutas de chapa en el suelo y ventanas agujereadas. Más allá de las máquinas gigantes había una puerta cuidada y más allá aún, imaginé, las oficinas, y tal vez la solución del embrollo. No pude ver más: dos hombres se dirigían hacia mí desde la entrada, uno, rubio y sin afeitar, con mi abrigo en las manos. Fui a explicarles algo, a mentirles algo, o a decirles la verdad pero preferí saltar y aferrarme a la ventana con la intención de salir cuanto antes de ahí. Gritaron algo que no oí. El primero de los tipos me agarró de un



pie, me bajó y me golpeó en el estómago con una llave inglesa que había encontrado en un taburete cercano. El otro, el rubio, me recogió del suelo, alzó mi cara tirándome del pelo y me sacudió una bofetada con su mano derecha, una mano derecha que parecía de madera. Me quedé sentado, con la espalda apoyada en la pared. Escupí sangre. El rubio se colocó frente a mí y se tomó su tiempo echando el brazo

atrás para coger impulso y golpearme de nuevo. Eso bastó para darle un rodillazo en los huevos con mi rodilla maltrecha. Y acabó todo: el otro utilizó de nuevo la llave inglesa: esta vez en la sien.

Una nausea tiró de mí y me despertó. Una nausea acompañada de un pinchazo doloroso en la frente, en el estómago y en el pecho. Me encogí en la cama, en un intento por volver a dormir o a desmayarme y regresar así a la región de la que mi propio cuerpo me había expulsado. La habitación, cuadrada, enana, se adornaba con cuadros de miniaturas militares y un póster que reproducía las caras de los terroristas de ETA más buscados por la policía. El comisario se presentó como el comisario Juan Caravaggio. El rubio como el inspector Martín y el de la llave inglesa como el agente Romero.

–No se preocupe–, dijo Caravaggio, que a pesar del apellido no tenía nada de italiano– no es nada. Una contusión en la frente y un hematoma en el estómago. Un par de arrumacos de la novia y en dos días ni se acuerda.

–Ya no tengo novia– gruñí, mientras me sentaba al borde de la cama–. Me dejó la semana pasada.

–Hay a quien se le junta todo–, añadió Romero.

El comisario me tendió una taza de café y un donut. Eché un vistazo al reloj: las seis de la mañana.

–¿Llevo inconsciente tanto tiempo?– pregunté.

–Si –respondió el comisario–. La verdad es que Romero le dio con ganas. Si no hubiera intentado escapar...

El comisario extrajo unos papeles de una carpeta.

–Pablo Pinto. Detective privado. Antes policía municipal en Tetuán. Si no llega a ser porque hemos encontrado su carné de identidad en la cartera y su ficha en el archivo, ahora estaría en el calabozo. ¿Qué hacía en ese almacén?

–¿Y qué hacían ustedes?– Sorbí un poco de café. El olor del donut me revolvió el estómago.

–Responda usted primero. Llevamos velándole cuatro horas.

–Investigo un caso para unos clientes. Unos pescaderos de Aranjuez.– Les relaté cómo había llegado hasta el almacén, aunque omití la parte en la que participaba Pedregosa.

–Bien razonado. Y bien llevado. No me explico por qué dejó la policía, muchacho. Aunque a punto ha estado de meterse en un lío. Pinto, hijo.

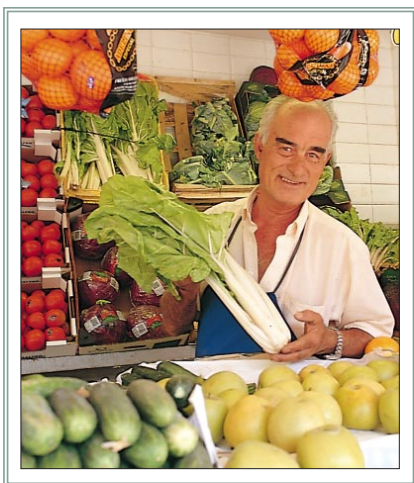
–No me llame hijo. Sus hombres me han dado con una llave inglesa en el estómago.

–Y usted un rodillazo a las pelotas de Martín. Llevábamos todo el día haciendo guardia ahí. Es una banda peligrosa. Podríamos haberle pegado un tiro.

–¿Peligrosa? ¿Unos tíos que roban pescado?.

Aquí el comisario me señaló con el dedo y se confirió autoridad:

–Cuando nos hemos presentado se nos ha olvidado decirle el apellido: no somos de abastos; pertenecemos a la brigada especial de narcóticos.



-Hilo directo con el Delegado del Gobierno.

-¿Cómo?

-Nada. Así que en el almacén de las máquinas gigantes se pasa droga.

-Se factura la droga, por decirlo de alguna manera. Esos elementos llevan más de un mes transportando droga dentro del pescado. Así como lo oyes. Parece una chorrada, pero han conseguido poner en Alemania cuatro camionetas llenas. El almacén es propiedad del cabecilla. Ahí, todos los lunes, llega una camioneta con un tipo especial de pescado. No sé la razón, pero siempre es el mismo. Supongo que así les resulta más fácil cruzar las fronteras. Introducen la droga por debajo de las branquias y a Alemania.

-¿Y por qué no los han detenido si ya lo tienen todo?

-Porque no están aquí. Porque están en ruta. El sábado, antes de ayer, recibimos un soplo que nos explica todo. La fecha: el lunes. El pescado. El almacén. Que si van a Mercamadrid, que si compran los kilos de pescado. Que si le ponen el relleno y que si salen zumbando el martes.

-No me ha respondido: ¿Por qué no los detuvieron?

-Porque ellos a su vez también se enteraron de que íbamos detrás. Cuando hemos llegado esta mañana ya se habían largado. Alguien de nuestro departamento oyó campanas y les alertó. Alguien que pasa hoy su primera noche en el calabozo. No todo está limpio aquí, hijo.

-No me llame hijo.

-Ellos reciben el chivatazo el domingo y van a Mercamadrid para salir cuanto antes.

-Pero Mercamadrid cierra el domingo. Así que roban el pescado por el camino y lo van rellenando, como dice usted, sobre la marcha.

-Y dejan colgado al camionero y su pedido, lo que tú descubriste. Y se largan a toda hostia. Pero volverán: su topo en el departamento nos ha dicho, y te aseguro que dice la verdad, que él no sabía todo. Lo único que entendió fue que el lunes íbamos a hacer una redada general, más controles en la carretera y todo eso. Supieron que la policía se meneaba el lunes, pero no que les habían descubierto.

-Así que los de la banda de la pescadilla creen que la semana que viene podrán seguir con el negocio.

-Exacto.

-Por eso prohíben a los pescaderos que pongan la denuncia.

-Eso es. Después de lo del infiltrado ya no nos fiamos ni de Dios. Los agentes de Aranjuez ya lo saben: nada de papeles que puedan salir de la comisaría. Nada de nada. Cuanta menos gente lo sepa, mejor. La semana que viene les pillamos y ya pueden los pescaderos cobrar el seguro.

-No.

-¿Cómo que no?

-Ellos dicen que hace falta presentar los papeles mañana. Bueno, hoy. Dentro de unas horas. Cuestión de plazos legales. Para eso me han contratado. Para ir mañana con unos informes míos y presionar allí.



–Pues no les va a servir de nada. Deles sus informes. Con su firma valen poco. Ponga que es un atraco, pero no se le ocurra mencionar lo de la droga.

–O sí. Eso depende de usted, comisario.

–Hasta ahora te hemos tratado bien. Te hemos dado café y te hemos contado la historieta. No estropees las cosas. Te podemos detener por allanamiento de morada.

–¿Qué gana con eso, comisario?– le pregunté.

A las ocho de la mañana, mientras amanece y la ciudad se llena de autobuses, por la Gran Vía aún pasan parejas que caminan abrazadas cojeando, tambaleándose, apoyados el uno en la otra, pálidos y borrachos de amor y de whisky y de ganas de irse a la cama juntos después de haber bebido y hablado durante toda la noche. Yo llevo en el bolsillo mis tres informes redactados y firmados por el mismísimo comisario. Bastó que insinuara que podía irme de la boca y que a los periodistas de Aranjuez les iba a encantar lo de los 300 kilogramos de pescadillas que se esfuman en un mismo día para que Caravaggio comprendiera que cuatro líneas en el diario local echaban por tierra toda la operación, pegara un puñetazo en la mesa, accediera, y dejara para siempre de llamarme hijo. Yo también cojeo ahora, yo también ando con la mano en el estómago. También como esas otras parejas delirantes que agotan el último latido de la Gran Vía por la noche en un rincón de una cafetería de jubiladas recién abierta, entro y me siento en la barra, y pido un café caro y caliente. No miro a nadie. Sonrío. He resuelto mi primer caso. ■

ANTONIO JIMENEZ BARCA
PERIODISTA



MERCADO DE ARANJUEZ

El elegante Mercado de Abastos de Aranjuez lo construyó en 1890 el arquitecto Enrique Sánchez Sedeño en el corazón de la ciudad, enfrente justo del Ayuntamiento. Su estructura ocupa una manzana entera. No es casualidad: responde al diseño cuadrangular de la ciudad. Tiene forma de rectángulo. Sus lados más cortos, el que da a la plaza del Ayuntamiento y el de la carretera de Andalucía son los más importantes y los más conseguidos desde el punto de vista arquitectónico. Lo de la manzana se nota

también en la disposición interior del inmueble: dispone de un patio central, como las viviendas grandes que se construían a finales del XIX.

Actualmente, alberga 76 puestos en las galerías interiores y 26 en el patio central al aire libre. La mayoría de estos 26 comercios son fruterías o verdulerías. La razón la ha dictado la costumbre.

Hasta hace pocos años, el Mercado de Abastos de Aranjuez era el único sitio de la ciudad que agrupaba varios comercios. Ahora existen varios supermercados, pero los habitantes de la ciudad del Tajo siguen considerando su Mercado como parte emblemática de la ciudad. No sólo por lo que significa para la cesta de la compra sino también por lo que aporta desde el punto de vista histórico y urbanístico.

Hace 10 años, 400 millones de pesetas aportados por las instituciones rehabilitaron la estructura, las fachadas, los puestos y los servicios generales, respetando la traza antigua del edificio, catalogado como inmueble a proteger. Actualmente, los comerciantes buscan una forma competitiva para que su bonito y centenario Mercado del siglo XIX pase por el siglo XXI con garantías de sobrevivir.